

1 Reyes 19:4-8

Sermón 1 Reyes 19:4-8

“Luego de caminar todo un día por el desierto, fue a sentarse debajo de un enebro. Entonces se deseó la muerte y dijo: «Basta ya, Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres». Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; pero un ángel lo tocó, y le dijo: «Levántate y come». Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas y una vasija de agua; comió, bebió y volvió a dormirse. Regresó el ángel de Jehová por segunda vez, lo tocó y le dijo: «Levántate y come, porque largo camino te resta». Se levantó, pues, comió y bebió. Fortalecido con aquella comida anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios.” (1 Kings 19:4–8, RVR95)

Aun los grandes héroes de la fe muchas veces tienen momentos de gran desánimo y hasta depresión. O los que han mostrado una firmeza sobrehumana, terminan cediendo a una tentación menor, como Noé cuando se emborrachó después del diluvio. David había matado a sus diez miles, pero fue derrotado por la vista de una mujer bañándose. Y cuando finalmente tuvo que reconocer su culpa, le consumió la tristeza y el desánimo muchas veces, como se ve en los salmos. En nuestro texto el gran profeta Elías, justo después de su más grande triunfo, termina desesperándose y queriendo morir; está listo para abandonar por completo su oficio profético.

El capítulo 18 de 1 Reyes presentó la gran confrontación de Elías con los profetas de Baal y Asera en el monte Carmel. Había sucedido una larga sequía en la tierra, que Elías había anunciado. Finalmente, fue a confrontar al rey Acab. Se convocaron a los profetas de Baal y Asera a encontrarse con Elías sobre el monte. Allí Dios había confrontado al pueblo con el reto: “¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él”. La respuesta del pueblo fue un gran silencio.

Luego retó a los 450 profetas de Baal y los 400 profetas de Asera a preparar un sacrificio de un buey, pero sin encender fuego, y él haría lo mismo. “Invocad luego vosotros el nombre de vuestros dioses; yo invocaré el nombre de Jehová. El Dios que responda por medio del fuego, ese es Dios”.

Creo que conocemos lo que sucedió. Mientras los profetas de Baal clamaban todo el día a su dios, y hasta se cortaban para cubrirse de sangre en señal de su dedicación a él, no pasó nada. Elías se burló de su esperanza. “«Gritad con voz más fuerte, porque es un dios. Quizá está meditando o tiene algún trabajo o se ha ido de viaje. ¡Tal vez duerme y haya que despertarlo!»” A la tarde, Elías preparó su sacrificio, ordenó derramar agua sobre él tres veces, de modo que hasta la zanja alrededor del altar se llenó de agua, y luego oró a Jehová para que enviara fuego desde el cielo para consumir el sacrificio. Eso sucedió, de modo que no sólo quemó el sacrificio, sino hasta las piedras del altar y el agua de la zanja, y el pueblo clamó: «¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!». Luego con ayuda del pueblo Elías mató a los profetas de los dioses falsos. Parecía el momento de su gran victoria, que el corazón del pueblo se había cambiado, que la reforma religiosa de Israel al fin se había logrado. ¡Qué excitado debe haber sido el corazón de Elías! ¡Pero a la vez, qué peligro de ceder al orgullo y pensar que él con su fuerza había logrado todo esto!

No duró mucho la ilusión. Acab contó a su esposa Jezabel lo que había sucedido con sus profetas, y ella envió un mensajero a Elías con una grave amenaza. “«Traigan los dioses sobre mí el peor de los castigos, si mañana a estas horas no he puesto tu persona como la de uno de ellos». Después de todo, ella todavía reinaba. Tenía el poder para cumplir su amenaza. Y era evidente que mientras la situación era así, no habría ningún mejoramiento duradero entre el pueblo tampoco. Así que, el mismo día de su gran triunfo, este valiente siervo de Jehová también se llena de temor, de desesperación, inclusive de rechazo a su oficio profético. Tiene que correrse para salvar su vida. Atraviesa todo el territorio de Israel, todo el territorio de Judá, llegando hasta el límite sureño de Beerseba. Allí despide a su siervo. Ya no lo necesitará más. Piensa que su carrera de profeta ha llegado a su fin. No hay más que hacer.

Esto nos trae al comienzo de nuestro texto, donde se nos dice: “*Luego de caminar todo un día por el desierto, fue a sentarse debajo de un enebro*”. Ha sido un tiempo lleno de emoción, después de terror y peligro. Ahora parecería estar fuera de peligro inmediato, pero toda la emoción de los últimos días lo ha dejado drenado. Está cansado. Se sienta debajo del árbol. Pero con la inactividad vino un profundo sentimiento de depresión. Le parece que no vale la pena seguir viviendo. Le parece que

toda su actividad ha sido inútil. Le parece que, puesto que piensa que es el único que queda que fue fiel al Señor y ahora lo quieren matar a él, todo se ha acabado en cuanto a redención y salvación para el pueblo que ha quebrantado el pacto de Jehová. Así que, todo lo que quiere es morir. “*Entonces se deseó la muerte y dijo: «Basta ya, Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres»*”. Hay algo irónico en esto. Corrió para salvarse la vida. Ahora sólo quiere que se le quite la vida.

¿Cómo ha llegado este gran héroe de Dios a este punto tan bajo? En parte puede ser la reacción natural después de los momentos dramáticos en el monte Carmel. En parte puede ser que había visto como un triunfo personal cuando fue reivindicado en el monte y destruyó a los profetas falsos. Y ahora vio la amenaza a su propia vida de parte de Jezabel como un indicio de que a fin de cuentas, no había logrado nada. Puede ser, en otras palabras, que estaba viendo su propia fuerza o falta de ella como el determinante, en lugar de ver de dónde viene toda la fuerza y todo el éxito. En fin, estaba alejando su vista y su oído de Jehová y su palabra. Y si antes estaba en peligro de sobrevaluar su propio papel, ahora concluye que es un hombre tan insignificante que sería mejor que muriera. “No soy yo mejor que mis padres”.

Pero el hombre que sólo mira su propia debilidad, y de esto concluye que no puede hacer nada, no es lo que Dios necesita. Lo que necesita es un hombre que reconoce su propia debilidad, su propia incapacidad, pero que escuchará la promesa de Dios y pondrá su confianza no en sí mismo, sino en el Dios que le ha llamado para servirlo.

La oración de Elías ha sido necia. Así que, la respuesta a la petición específica de Elías es negativa. No sólo no le quitará la vida a Elías ahora, Elías será uno de los dos hombres en la historia del mundo que nunca murieron. Llegaría el día en que Dios llevaría a Elías directamente al cielo sin pasar por la muerte. Pero antes de eso, Dios todavía tenía mucho para hacer para Elías. Así en su gracia envía un ángel, que después se identifica como el Ángel de Jehová mismo, el que es también Jehová y se encarnó en Jesucristo para salvar al mundo más adelante. Aquí interviene para llevar adelante el plan de Dios que llevaría a ese desarrollo crucial que todos necesitábamos.

Mientras tanto, Elías se había acostado para dormir debajo en un enebro. “*Un ángel lo tocó, y le dijo: «Levántate y come»*”. No

sólo habló, lo tocó para despertarlo, y luego le dio el mandato, o mejor, la invitación. *“Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas y una vasija de agua; comió, bebió y volvió a dormirse”*. Aun esta demostración del cuidado y el amor de Dios en su depresión parece que no hizo gran impresión en él. Sencillamente volvió a dormirse. Pero Dios no había terminado. *“Regresó el ángel de Jehová por segunda vez, lo tocó y le dijo: «Levántate y come, porque largo camino te resta».*” Necesitará la fuerza que esta comida dará, porque no ha llegado al final de su camino. Dios todavía tiene trabajo para él. Con la fuerza que viene de Dios, aquel que no es mejor que sus padres puede todavía hacer algo que glorificará el nombre de Dios y que él usará en realizar su plan de salvación que ha prometido desde el comienzo en el Huerto de Edén.

“Se levantó, pues, comió y bebió. Fortalecido con aquella comida anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios”. Como los Hijos de Israel fueron alimentados por Dios por cuarenta años en el desierto con el maná, Elías con estas dos comidas suplidas por el Ángel de Jehová, Cristo mismo, pudo viajar los cuarenta días que le tomó para llegar al monte Horeb o Sinaí, el monte de Dios.

En los tiempos de desánimo, nuestra ayuda estará en el mismo que dio ayuda a Elías. Dejemos de mirar a nosotros mismos, ni a nuestros éxitos ni nuestros fracasos, y miremos más bien el Señor Cristo que con su muerte ha ganado para nosotros el perdón de los pecados, y mediante su palabra puede alimentar y fortalecer también a nosotros para servirlo. No parecería que una torta cocida, un pan, pudiera dar tanta fuerza, y por sus propiedades naturales no podría. Pero es el Señor que bendice este pan y permite que Elías llegue a Horeb. En la Santa Cena, el poquito de pan y vino que recibimos tampoco tiene grandes cualidades naturales. Sin embargo, con y bajo ese pan y vino vienen el verdadero cuerpo y sangre de Jesús, que él dio y derramó en la cruz, para levantarnos de nuestro pecado y asegurarnos el pleno perdón, y darnos fuerza para renovar nuestra vida de servicio a este Redentor que se sacrificó por nosotros. Esta comida también nos da fuerza para todo nuestro peregrinaje terrenal hasta que lleguemos al hogar celestial en la misma presencia de nuestro Señor.

Pero durante este peregrinaje también tenemos trabajo para hacer. A Elías en Horeb Dios le informó que no era el único, que todavía había 7000 que no habían doblado las rodillas en

adoración de Baal, y se le dio la comisión de ungir a Hazael para ser rey de Siria, a Jehú para ser rey en Israel, y a Eliseo para continuar la actividad profética. No era el fin, sólo una etapa más en un plan que Dios cumpliría usando a hombres débiles como él. Y nosotros también, por desalentadoras que a veces vemos las condiciones en nuestra iglesia, también tenemos la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia de Cristo. Así que, alentémonos, volvamos diariamente a Jesús el pan de vida y a su palabra que nos darán fuerza, acudamos con frecuencia para recibir su cuerpo y sangre para el perdón de nuestros pecados, y acudamos a Dios para llevarnos en su fuerza para hacer la obra que nos da para hacer. Amén.